

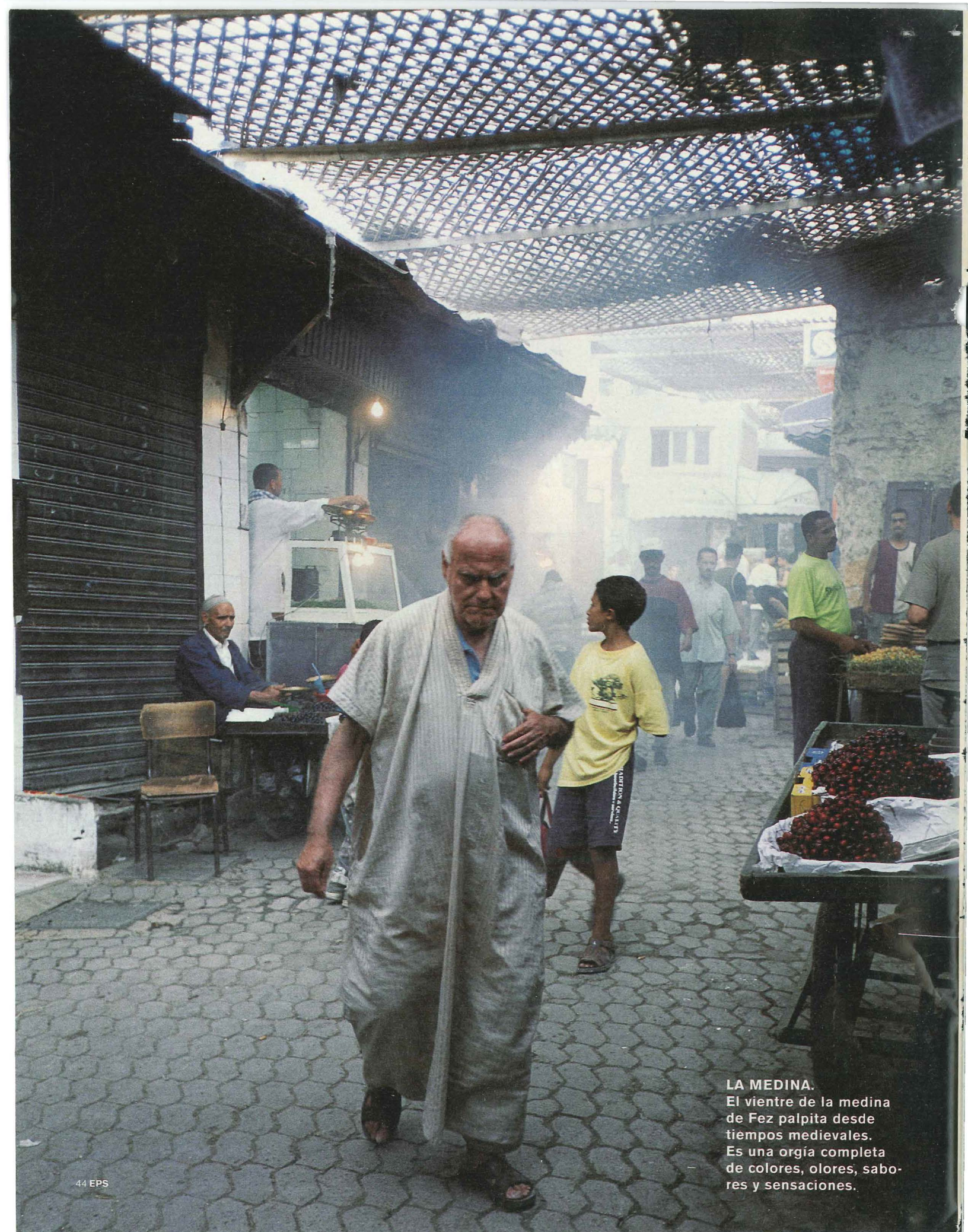
Fátima en Fez

“Tenemos que abrirnos, tenemos que hablar”, afirma Fátima Mernissi. La ganadora del Premio Príncipe de Asturias reflexiona en su ciudad natal sobre el diálogo entre civilizaciones y sobre el naciente ‘ciber-islam’. Por **Javier Valenzuela**. Fotografía de **Jordi Socías**.

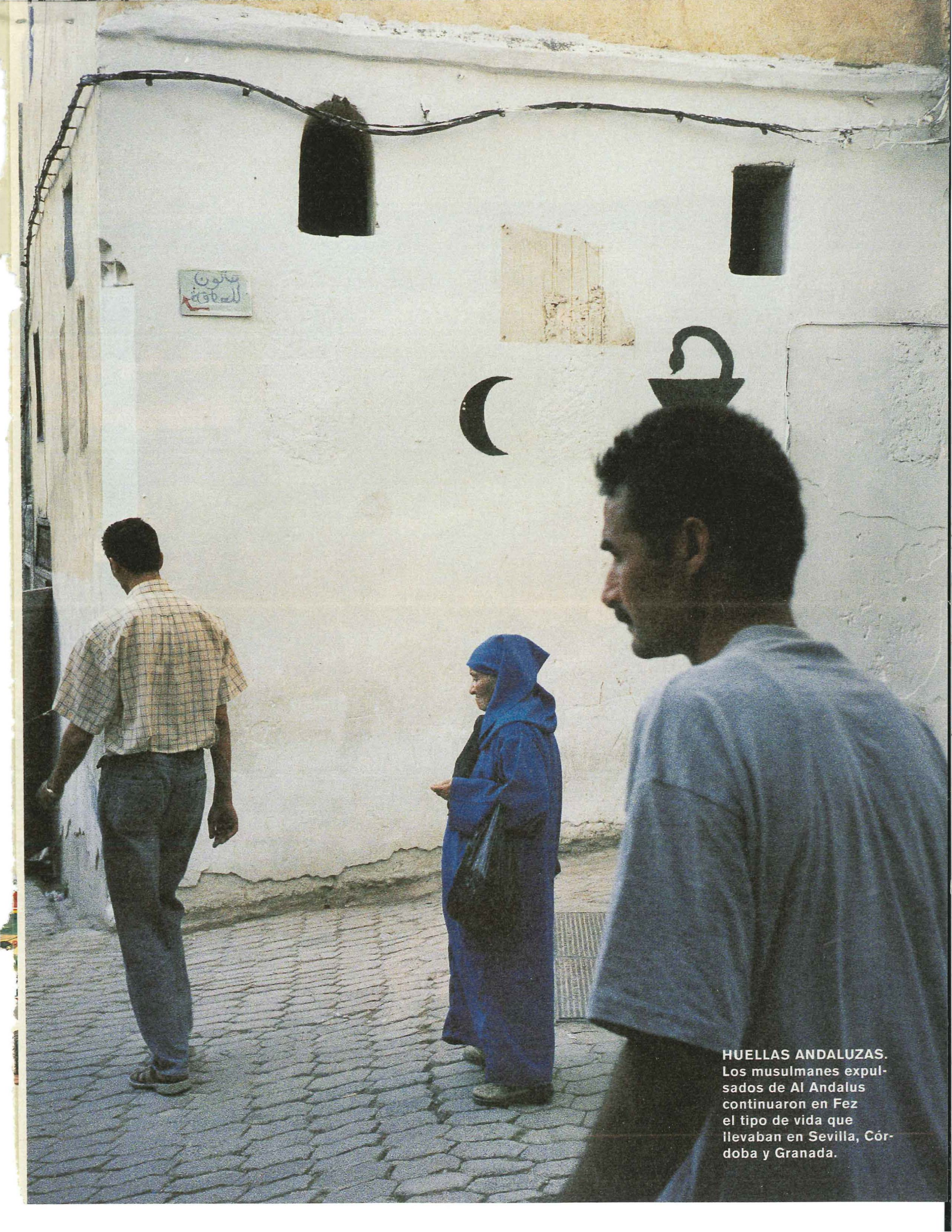
Fátima Mernissi es una de esas personas a las que se les ocurre una idea nueva cada dos por tres. Está hablando del uso creciente del *hiyab* (velo islámico) por las jóvenes marroquíes, y en particular las universitarias, cuando tiene una súbita revelación. “Lo que me gustaría es hacer una foto que se llamara *Un millón de musulmanes en la playa*”, lanza con un brillo aún más pícaro que lo habitual en sus ojos de oliva negra. El periodista guarda un silencio entre divertido y estupefacto, y Fátima continúa: “Me gustaría hacer esa foto antes de la entrega de los Premios Príncipe de Asturias, en octubre. Para que los españoles descubran la hermosura de Marruecos, para mostrarles la diversidad de Marruecos. Habría gente vestida, semi-desnuda, desnuda; hombres, mujeres y niños; abuelas con chilaba, sus hijas con >



EL ARTE DE NARRAR.
Fátima Mernissi reivindica el papel de Scherezade, la sultana que salvó su vida porque sabía leer y sabía contar historias con 'gancho'.

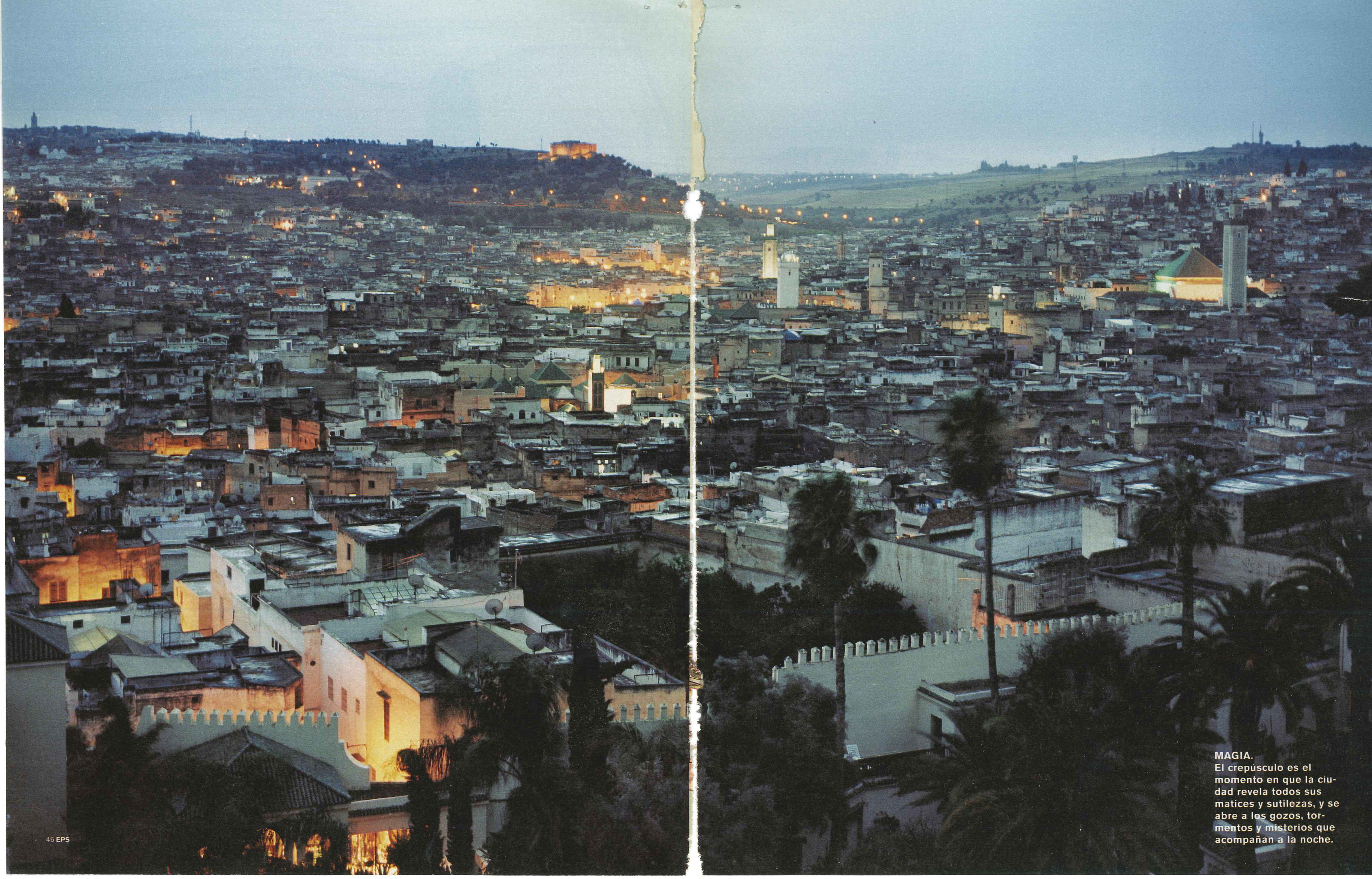


LA MEDINA.
El vientre de la medina de Fez palpita desde tiempos medievales. Es una orgía completa de colores, olores, sabores y sensaciones.



تكون
الساعة

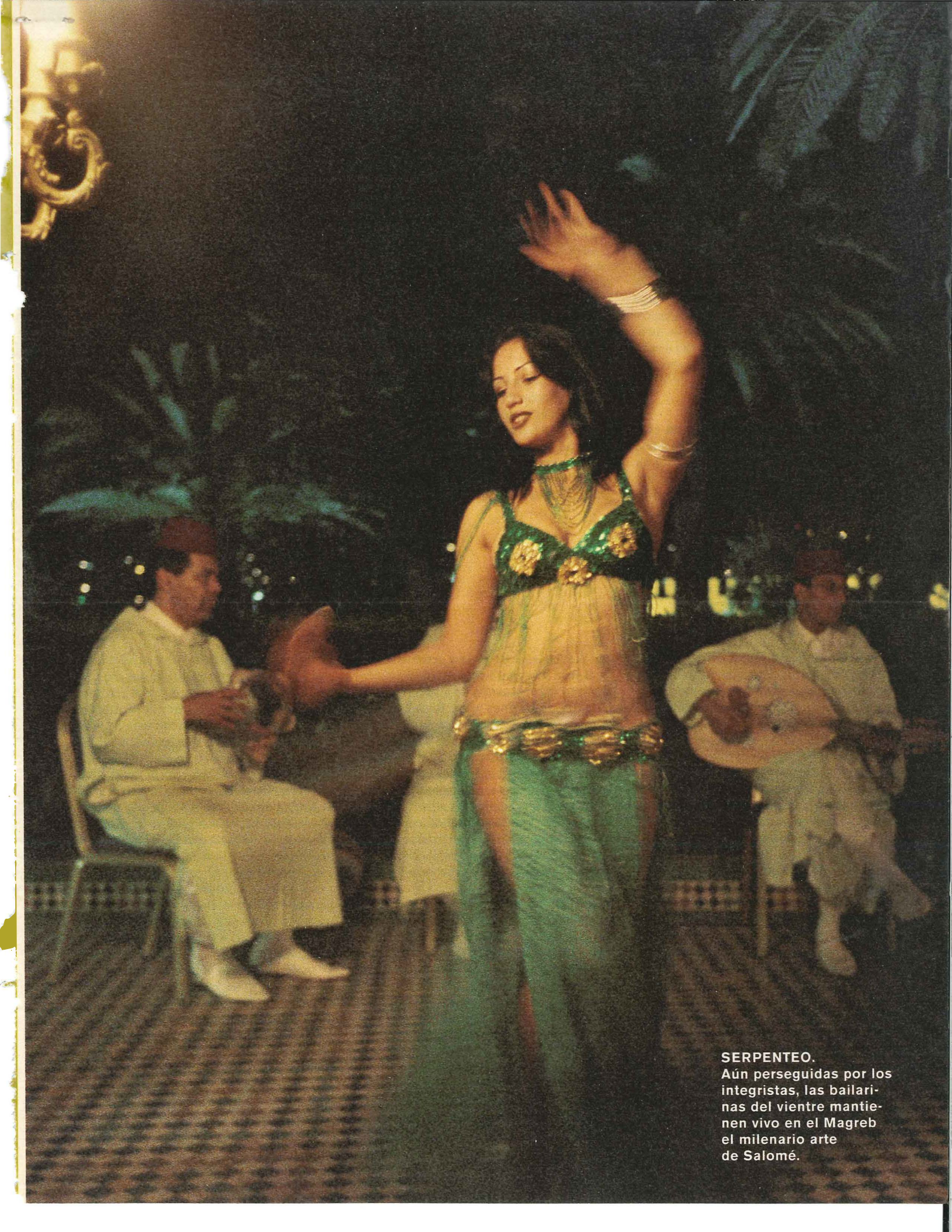
HUELLAS ANDALUZAS.
Los musulmanes expulsados de Al Andalus continuaron en Fez el tipo de vida que llevaban en Sevilla, Córdoba y Granada.



MAGIA.
El crepúsculo es el momento en que la ciudad revela todos sus matices y sutilezas, y se abre a los gozos, tormentos y misterios que acompañan a la noche.



MIL Y UNA NOCHES.
En su ciudad natal, Fátima Mernissi aúna las viejas leyendas árabes con las posibilidades de comunicación de la era ciberespacial.



SERPENTEIO.
Aún perseguidas por los
integristas, las bailarinas
del vientre mantienen vivo
en el Magreb el milenario
arte de Salomé.

▷ bañadores y sus nietas con biquinis muy ajustados”.

–Se podría hacer en una playa de Casablanca –sugiere el periodista.

–*Uaja*, de acuerdo. En una playa de Casablanca estaría muy bien.

Fátima suelta una carcajada. Ya se ve orquestando esa polémica, monumental y prácticamente imposible *performance* en vísperas de su viaje del próximo otoño a Oviedo. Allí, don Felipe de Borbón les entregará a ella y a Susan Sontag el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Con sabio y oportuno ecumenismo, el jurado de este galardón decidió el pasado mayo que lo compartieran las escritoras marroquí y estadounidense, tanto por la “profundidad de pensamiento y calidad estética” de sus respectivas obras como porque constituyen “perspectivas complementarias en el diálogo de las culturas”.

Fátima Mernissi está encantada con el premio. Se siente una estrella y le gusta que los otros la vean así. Ahora está en Fez, la ciudad donde nació en 1940, y con frecuencia sus admiradoras le espetan en

hablan más de doscientos millones de personas, y por estas nuevas tecnologías liberadoras”.

De hecho, Fátima, uniendo medio y mensaje, está escribiendo directamente en Internet. Cuelga allí (www.mernissi.net) sus borradores y les incluye los vínculos que dirigen hacia sus fuentes. “Mi agente en Estados Unidos está enfadada conmigo porque piensa que estoy *quemando* los contenidos de mi próximo libro, *El satélite, el príncipe y Scherezade*. Pero no me preocupa, no me preocupan los derechos de autor y todo eso; prefiero expresarme con inmediatez y que la gente reaccione con inmediatez ante mis ideas”.

–O sea, que está haciendo *Fátima live* en Internet.

–Sí, eso.

A la ganadora del Príncipe de Asturias le hace mucha gracia lo de *Fátima live* y vuelve a desternillarse. Su rostro es juvenil, fuerte y hermoso; tiene el pelo rizado y coloreado por la *henna*, ojos oscuros e intensos, nariz larga y rectilínea, y pómulos altos y marcados. Hoy va vestida con una chilaba verde con capucha; luce un collar

Fátima Mernissi es socióloga de carrera y profesora de esta disciplina en la Universidad Mohamed V, de Rabat. Desde los años setenta ha publicado numerosos libros que han suscitado asombro y controversia en el mundo árabe y musulmán y fascinación en el occidental. La gran mayoría están consagrados a las relaciones entre el islam y las mujeres, y sostienen tesis feministas. Pero su feminismo no es una imitación tercermundista del occidental; por el contrario, hunde sus raíces en el mismo islam.

Este periodista la entrevistó por primera vez en 1989, en la terraza de su entonces destartalada cabaña en una playa al sur de Rabat. Contemplando una espectacular puesta del sol sobre el Atlántico, Fátima dijo: “Me dolería mucho que el progreso material terminara con todo esto. Hay un montón de cosas que Marruecos debería conservar: el contacto con la naturaleza, la vida familiar, la religión en sus aspectos más creativos de la mística sufí y la piedad popular... Esas buenas cosas”. Luego se explayó contra la idea

Los árabes empiezan a tener poder gracias a las nuevas tecnologías

medio de un paseo o una conversación: “¡Eres una reina! ¡Sultana!”. Ella acepta los piropos con risas estentóreas y sigue a lo suyo, que es hablar y hablar del impacto de las nuevas tecnologías –los canales de televisión vía satélite, Internet y los teléfonos móviles– en el mundo árabe y musulmán. Éste es el asunto al que consagra sus muchas energías desde hace tres años y sobre el que desgrana las primeras conclusiones en sus varios encuentros en Fez con el enviado especial de EPS.

“La televisión por satélite está destruyendo el monopolio del saber que detentaban las mezquitas y los palacios de los reyes y los presidentes, y está restableciendo el primigenio islam oral”, dice en uno de esos encuentros, saboreando un oloroso y humeante té con hierbabuena. “Lo que está pasando, y esto es de mucha mayor importancia para el futuro que cualquier fiebre terrorista coyuntural, es que los ciudadanos marroquíes y árabes están empezando a tener poder porque pueden comunicarse a través de los móviles, Internet y las televisiones por satélite. Pueden comunicarse entre sí y con los extranjeros. Es lo que yo llamo *ciber-umma*: la comunidad virtual árabe, unida por una vieja lengua común, que

con perlas, bolas de plata y gruesas piezas de ámbar, y acumula en los dedos y muñecas toda una colección de joyería bereber en plata. Hace unos años, Rosa Montero afirmó que la mitad superior de su cuerpo es delgada y activa, moderna y cosmopolita, “mientras que de cintura para abajo la figura se le ensancha y espesa en unas opulencias primordiales, redondeces de matrona magrebí que anadea al andar”. Aquella descripción sigue siendo válida, como el comentario que añadió la periodista y escritora española: “Es una persona centáurica, mestiza y desmesurada, movediza”.

También es muy coqueta. Cuando Jordi Socías le invita a posar para una foto, Fátima, que jamás se ha casado, dice: “Sácame guapa, porque todavía estoy buscando como marido a un millonario árabe que quiera invertir en la sociedad civil”. Y ya en faena, cuando Socías le diga cariñosamente: “*Madame*, ¿no podría quedarse normal por un momento?”, Fátima responderá: “¡Pero si yo no soy nunca normal!”. Durante los días siguientes, Fátima, muy divertida, contará a todo el mundo la anécdota del fotógrafo catalán que le ha solicitado una *normalidad* contraria a su mismidad.

–común en Occidente y tan alimentada por los integristos musulmanes– de que Mahoma era un misógino. Para Fátima, gran conocedora del Corán y de la vida del profeta, Mahoma fue, en materia de condición femenina y en muchas otras cosas, un progresista para su época. “Mahoma”, dijo, “era un hombre excepcional, que odiaba la violencia y amaba la igualdad. Y la Arabia de su época era injusta y brutal; se secuestraba, se vendía y se heredaba a las mujeres. Matar a una mujer era menos grave que matar una cabra y, ya no digamos, un camello. Él prohibió todo eso y puso límites a la poligamia salvaje de aquellos beduinos. Dio derechos a las mujeres e hizo que participaran en la oración y la guerra, los dos actos más importantes de aquel entonces”.

Así que Fátima Mernissi es de los que piensan que si los musulmanes aplicaran el espíritu, y no tanto la letra, del Corán y de la vida de Mahoma no encontrarían mayores dificultades en hacer compatible su religión con la democracia, los derechos humanos y la igualdad de la mujer. Y sostiene que si la civilización árabe y musulmana se estancó fue porque se encerró en sí misma y en una interpretación rígorista y monopolizada por el poder, por las

mezquitas y los palacios. Esas ideas están en las obras que de ella se han traducido al castellano: *Sultanas olvidadas*, *Islam y democracia*, *Marruecos a través de sus mujeres*, *El harén político: el profeta y sus mujeres*, *Sueños en el umbral...* El más popular es este último, que rememora su infancia en una casa aristocrática de Fez; los años de formación pasados en el harén, el espacio de las mujeres, con su madre, sus tías, sus primas. “*Sueños en el umbral*”, dice, “fue un *best seller* internacional, me dio dinero. Y aquella cabaña de la playa que tú conociste, ya no es una cabaña. Con el dinero de ese libro construí una casa de tres niveles. Es estupenda, tienes que venir a verla”. “¿De qué estilo?”, pregunta el periodista. “Estilo Fátima, por supuesto”, responde rauda. Y tras la risa, precisa: “Estilo andaluz, si lo prefieres”.

Pero Fátima no está hoy en Rabat, sino en su ciudad natal. La socióloga y escritora ha venido a Fez para participar en los coloquios internacionales relacionados con la novena edición del Festival de Músicas Sagradas. Este año, esos coloquios, que pretenden “darle un alma a la globalización”, están consagrados al “arte de la transmisión del saber”. Se celebran en el patio del Museo Batha, un palacio de estilo andaluz construido en el siglo XIX por el sultán Mulay Hassan I para sus audiencias de verano. Es un amplio jardín interior con bambúes, rosales, palmeras y, sobre todo, un centenario y colosal almez, cuyas frondosas e interminables ramas ofrecen sombras magnánimas en estos días en que las temperaturas en Fez superan los 40 grados. Bajo esas sombras se desarrollan los debates y también los espectáculos musicales. Hoy actúa un grupo de hombres y mujeres judíos de Uzbekistán que viven en Nueva York, visten magníficos ropajes de seda y, entre otras cosas, cantan en árabe temas de la egipcia Um Kelsum. Ayer cantó aquí Gilberto Gil, escapado durante unos días de sus obligaciones de ministro de Cultura brasileño, y mañana lo harán las mujeres del conjunto Roudaniyat, de la localidad marroquí de Tarudant.

“Ésta es la globalización que me gusta, la de lo que llamamos *espíritu de Fez*, una ciudad que siempre ha sido una encrucijada entre África y Europa, el Norte y el Sur, el Mediterráneo y el Atlántico, el Este y el Oeste”, dice Fátima en el patio del Museo Batha, en una pausa de los coloquios. Durante una fracción de segundo, la ganadora junto con Susan Sontag del Príncipe de Asturias de las Letras abandona su jovialidad y parece sumergirse en la nostalgia. Es cuando afirma: “Yo nací a doscientos metros de aquí y éste fue el jardín de mi infancia; aquí veníamos a correr y jugar las niñas del barrio”.



Sí, aquí al lado está la medina, la vieja ciudad amurallada de Fez, en la que nació y se crió Fátima. Plumas magníficas, orientales y occidentales, llevan siglos intentando lo imposible: describir, contar, narrar la medina de Fez, ese espacio urbano que nos ha llegado palpitante desde los tiempos medievales, desde los tiempos en que las andalusíes Granada, Sevilla y Córdoba también eran así. La medina de Fez es una orgía de sensaciones, muchas de ellas perdidas ya hace tiempo en las urbes occidentales. En su dédalo de callejuelas y pasadizos –el “intestino sagrado”, como lo llamó una vez Manuel Vicent– te asaltan los olores del estiércol, el cuero, las especias, las maderas nobles, los pies y sobacos sudados, los inciensos y perfumes exóticos, la carne podrida de las pozas de los curtidores. Perdiéndote una y otra vez en el laberinto se te incrustan en la retina los colores de las sémolas, los frutos secos,

las hierbas medicinales, los tintes de los cueros, y se te inundan los oídos con los rebuznos de los borricos, los cantos desafiantes de los gallos, el martilleo de los orfebres, los piropos cuchicheados de los chicos y las risas francas de las chicas, el acoso de los guías y de los comerciantes –que proponen artesanías, hachís, mujeres, muchachos, lo que uno quiera–, el furioso piar de las golondrinas en el crepúsculo y las salmodias de los almuédanos, que se entrelazan cinco veces al día.

En la medina de Fez hay toda suerte de sonidos, menos los de los automóviles, porque esta ciudad primigenia, habitada por decenas de millares de almas, sólo puede recorrerse a pie o en caballería. Y al final el visitante debe aceptar que tiene que hacerlo guiado, contratando por unos dirhams a alguno de esos chavalillos que se ofrecen en castellano, si ésa es tu len- ➤

▷ gua, con fórmulas como “pequeño guía, pequeño estómago, pequeño precio”. Uno de ellos, Zacarías, conduce a los reporteros de EPS a través de un hormiguo de mujeres veladas y sin velar, ancianos con barbas y chilabas bíblicas, jóvenes malencarados con ropas deportivas norteamericanas, y niños, muchos niños, que juegan al fútbol en plazoletas abiertas en torno a fuentes engastadas con azulejos de dibujos florales y geométricos y colores de una sutileza extrema. En un puesto que expone tabletas pintadas con los tonos de la rosa, la miel, la mandarina y el pistacho, el vendedor pregona, también en castellano, su “turrón afrodisíaco”. Porque en la medina todo es a la vez afrodisíaco y anafrodisíaco. Todo es rozar de miradas, toqueteo disimulado y perezosa sensualidad, y también regateo continuo, tensión permanente, espanto absoluto.

De casi todas las viviendas de la medina –ocultos palacios con patios de arrayanes, flores y palmeras, como

tes, cómo alguien se agacha y le besa la mano con devoción, esas cosas. Ahora MBC ha transferido su central desde Londres a Dubai, argumentando que tiene que estar cerca del telespectador, del testigo. Y ha financiado el canal puramente informativo Al Arabia, para competir con Al Yazira.

–Es que en el mundo árabe –apunta el periodista– hay verdadera sed de noticias.

–Sí –responde Fátima–. En Occidente distinguís entre entretenimiento y noticias, pero nosotros no hacemos esa diferencia. ¿Por qué? Porque los palestinos, las imágenes cotidianas del pobre que combate con las manos desnudas contra el ocupante rico y armado, son nuestro *reality show*. Así que los árabes van zapeando, y lo que les retiene es aquel que les habla con veracidad. Porque se puede ver si alguien te miente o te oculta información, se le nota en la mirada. El éxito popular de Al Yazira se basa, precisamente, en la libertad que tienen sus programadores, presentadores y reporteros, lo que

suerte de fotos, dibujos, documentos procedentes de Internet y correos electrónicos enviados o recibidos. Con ese material ilustra sus afirmaciones. Una vez enseña una foto de unos marroquíes “que practican el reciclaje”: hacen tapices con restos de bolsas de plástico. Otra, la de una mezquita cercana a Zagora, con una parabólica en su techo. Es una mezquita blanca, sencilla y preciosa, como tantas del mundo rural marroquí, y el diálogo entre su alminar y la parabólica es de lo más sugerente. Luego exhibe la foto de un joven. “Lo encontré”, explica, “en el zoco del lunes de una aldea próxima a Zagora. Vendía bisutería corriente y cuadros propios. Le pregunté el precio de un cuadro y me dio uno altísimo. ‘¿Por quién te tomas?’, le dije, y me respondió: ‘Por lo que soy, un artista plástico’. Le pregunté que de dónde había sacado ese lenguaje y me dijo que de Al Yazira. Él, un joven del mundo rural, no había visto nunca una exposición, excepto las presentadas en los informativos de la cadena Al Yazira”.

“Ahora la juventud rural marroquí pide pan, libros... e Internet”

aquel en que nació Fátima Mernissi, o madrigueras centenarias como la que la familia de Mohamed Berkul comparte con otras tres– brotan antenas parabólicas. Ésta es la gran novedad en la ciudad medieval, y lo que apasiona, lo que tiene infantilmente asombrada y entusiasmada a Fátima, que ahora está en la cafetería de un hotel acompañada por su amiga Aicha Belarbi, embajadora de Marruecos ante la Unión Europea, en Bruselas. Hablando a ratos en inglés, a ratos en francés y a ratos en árabe, la ganadora del Príncipe de Asturias desgrana sus tesis.

–Los canales informativos árabes vía satélite –dice– están creando una conciencia colectiva, una opinión pública árabe, una percepción común de acontecimientos como los sufrimientos de los palestinos o la invasión y ocupación norteamericana de Irak.

–Se refiere esencialmente a Al Yazira, ¿no? –le interrumpe el periodista.

–Sí, pero Al Yazira tiene sus predecesores y sus competidores. Empezó la cadena MBC, nacida en 1991, con dinero saudí. Pero MBC eran *clips* musicales, muchas oraciones y las habituales imágenes del rey: cómo va a las *toilet-*

les da una gran credibilidad. Otra diferencia entre Occidente y el mundo árabe es que aquí no es la publicidad la que financia la televisión, sino los ricos, como el emir de Qatar con Al Yazira o los jeques saudíes con MBC y Al Arabia. Y una tercera diferencia es que los árabes no pagamos por los descodificadores del cable o del satélite. Los Gobiernos han intentado que pagemos, pero sin el menor éxito. Aquí el acceso es libre, o, si quieres, pirata.

–He leído en su página *web* que usted compara las televisiones por satélite con la alfombra mágica de Simbad.

–¿Has leído eso? Va a tener razón mi agente norteamericana y estoy *quemando* los contenidos de mi próximo libro. Pero sí, yo llamo a este nuevo fenómeno el *ciber-Simbad*. Las parabólicas se llaman en árabe *fadaiat*, que quiere decir, literalmente, naves espaciales. El ciudadano árabe está volviendo a ser el *faris az zaman*, el viajero que puede moverse sin visado por el tiempo y el espacio, tan libre como el Simbad del que los contadores de historias de Bagdad soñaron en sus mil y una noches.

De un bolso que es como un pozo sin fondo, Fátima va extrayendo toda

Fátima muestra ahora una fotografía de un cuadro de ese joven. Es una caligrafía árabe, y la socióloga y escritora traduce su mensaje: “Un rostro con una sonrisa es mejor que dar dinero”. “¡Es puro sufismo!”, exclama alborozada. “Los sufíes, los místicos del islam, siempre han dicho que un rostro amistoso es el mejor de los regalos, que sólo con que aceptes comunicarte conmigo me estás haciendo más rico. ¡Y todos estos jóvenes artistas están usando proverbios sufíes! Este joven de Zagora está siendo ayudado por un suizo que expone sus pinturas en Internet. La comunicación le está dando el poder de cambiar su vida. ¡Es increíble! Una amiga mía, Yamila Hassoune, que tiene una pequeña librería en un barrio popular de Marraquech, dice que en los años noventa la juventud rural marroquí pedía pan y libros, y que ahora pide pan, libros... e Internet”.

En 1989, cuando el periodista la entrevistó en su cabaña de la playa de Rabat, Fátima le habló mucho de Scherezade, la protagonista de *Las mil y una noches*. Subrayó que Scherezade salvó su vida porque había tenido acceso a la ▷

▷ biblioteca y sabía muchas historias. “La desigualdad del acceso es la más terrible e implacable”, dijo entonces. Pero Fátima añadió que, en el Marruecos contemporáneo, las mujeres están llegando masivamente a los institutos, las universidades y los puestos de trabajo en la Administración, el mundo profesional y las empresas. “La gran suerte de la mujer marroquí”, comentó con ironía, “es que nuestro país no tenga petróleo y no pueda permitirse el lujo de no darnos estudio y trabajo”. Y en 1992, durante una visita a Barcelona, declaró: “Si los europeos queréis un Mediterráneo equilibrado, si tan asustados estáis por la inestabilidad política, la inmigración y la violencia que pueden venir del sur, tenéis que invertir en la promoción de la mujer magrebí. Una analfabeta tiene seis o más hijos; si tiene estudios secundarios tiene como máximo dos o tres”.

—Lo más llamativo ahora para muchos occidentales con relación a la mujer marroquí es el uso creciente del hi-

y melodiosa, *melhun*, la música tradicional andalusí, que sigue siendo la música clásica en Marruecos]. Y las periodistas de Al Yazira también son *ciber-Scherezades*. Presentadoras como Yumana Nammour y Kaduya Bin Guna, expertas en economía como Farra al Baraqui, reporteras como Shirin Abu Aqla y Yivara al Badri, que trabajan como corresponsales de guerra en Palestina... ¿Cómo explicar la pasión repentina de los machos árabes por esas mujeres fuertes de Al Yazira? Puede ser porque resucitan las fantasías de su niñez, cuando disfrutaban con los cuentos que les contaban sus madres. O lo que es lo mismo, puede ser que estas presentadoras y reporteras resuciten su universo infantil cuando Scherezade, la atractiva y poderosa hembra que narraba sin cesar aventuras maravillosas, llenaba sus sueños. Esta naciente galaxia digital islámica tiene muchas cosas interesantes. Permite a muchos árabes escapar a la censura autoritaria de sus Gobiernos y permite también desconectar el poder del sexo. Muchos

—¡Fantástico! Discutir con extranjeros es el mejor modo de comprender los múltiples ángulos de la vida.

En sus mejores tiempos, Fez fue una ciudad abierta a los extranjeros: a los andalusíes, magrebíes, árabes y africanos que huían de la intolerancia, cristiana o musulmana. Fundada a finales del siglo VIII por una figura religiosa procedente de Arabia, Mulay Idriss, Fez fue la capital política, cultural y religiosa de Marruecos durante siglos, y sigue siendo su capital espiritual. Allí está una de las más viejas universidades del planeta, la Karauina, que fue alumbrada por una mujer, Fátima, hija de un exiliado tunecino. En la Karauina estudiaron o enseñaron, entre otros, el médico y filósofo judío Maimónides, el místico Ibn Arabi, el matemático Al Banna y el pensador Ibn Jaldún. De origen andalusí, Ibn Jaldún (1332-1406) proclamó que la decadencia de los árabes procedía de que sus líderes habían optado por el alfanje en vez de por el cálam; se habían hecho autoritarios y

“No podemos estar paralizados. Tenemos que abrirnos y hablar”

yab, o velo islámico, por las jóvenes —observa el periodista—. ¿Siguen siendo válidas sus tesis de finales de los ochenta y comienzos de los noventa?

—¡Claro que sí! Hay un mínimo de doscientas mujeres con poder que están transformado Marruecos; que son parlamentarias, embajadoras, inspectoras fiscales, jueces, catedráticas... Lo del *hi-yab* no tiene tanta importancia como se la dais vosotros. El *hi-yab* prospera porque determinados países y movimientos gastan mucho dinero en promocionarlo. Pero de veras que no es tan importante. Cuando yo veo a una joven atareada en *hi-yab* pienso que es una ingeniera o una farmacéutica; vosotros, los occidentales, sólo veis una integrista.

—He visto en Internet que también ha inventado la fórmula *ciber-Scherezade*.

—Turia Hadraoui es una *ciber-Scherezade*. Está en todas las cadenas árabes, cantando poemas de Al Andalus, poemas sufíes. [Como periodista, la marroquí Hadraoui abordó a finales de los años ochenta temas tabú en su país, como la prostitución, la poligamia, las drogas o la infancia maltratada. Hoy canta, con voz particularmente potente

telespectadores árabes no sienten amenazada su masculinidad por esas mujeres que demuestran su poder.

—Hasta hablando de las nuevas tecnologías hace usted el vínculo con sus antiguos amores: *Las mil y una noches*, los sufíes...

—Sí, el mundo árabe y musulmán entró en barrena cuando los poderes suspendieron el diálogo, impusieron una supuesta verdad única. Lo que las nuevas tecnologías introducen es la multiplicidad; ya nadie puede monopolizar la verdad. ¿Y qué era y es el sufismo? Pues la celebración de la diversidad. Para el sufí, el otro, sea un extranjero o una mujer, no es una amenaza. Al contrario. Ibn Arabi, que nació en Murcia en el siglo XII de la era cristiana, animaba a sus contemporáneos a mirar a los extranjeros como maravillosos reflejos de una misma divinidad.

—Estuve en Konia el pasado diciembre, en el festival por el aniversario de la muerte del gran maestro sufí Mevlana. Y en todas las lenguas estaba escrita esta cita suya: “Ven, seas o no musulmán, creas o no en Dios, ven y hablaremos”.

violentos, y habían reprimido la libertad de expresión en sus territorios. Es una reflexión que no puede ser más actual, y así lo ve Fátima Mernissi.

A la sombra del almeiz que reina señorial y dadivosamente en el patio del Museo Batha de Fez, a doscientos metros de la casa con harén que recreó en *Sueños en el umbral*, la marroquí que este mes recibirá el Príncipe de Asturias se ajusta la chilaba roja sin capucha que viste hoy y dice: “La única salida es que el poder en el mundo árabe pase de los que tienen la espada a los que tienen la pluma. Lo que une a lo mejor del islam medieval, el islam de Fez y de Al Andalus, con el islam digital de nuestro tiempo es la idea de que hay que hacer frente a lo desconocido zambulléndose en el conocimiento. Abordamos un tiempo de perplejidad, pero la perplejidad, escribió Ibn Arabi, puede ser positiva porque crea ansiedad, y la ansiedad crea movimiento, y el movimiento es vida. Lo que no podemos hacer es quedarnos paralizados por el miedo ante la apocalíptica desaparición de nuestras fronteras familiares. Tenemos que abrirnos, tenemos que hablar”. ●